5.º CICLO DE CONFERENCIAS DEL DIA NACIONAL DE CARIDAD 1970

CARITAS DIOCESANA DE MADRID - ALCALA

SITUACION DEL HOMBRE EN EL MUNDO DE HOY

Excmo. Sr. D. Pedro Laín Entralgo

Queridos amigos de Cáritas:

La Situación del Hombre en el Mundo de Hoy. ¿Se dan ustedes cuenta de la inmensidad y la complejidad del tema sobre el cual han querido que tratase esta tarde, por más aún que esa formulación "La Situación del Hombre en el Mndo de Hoy"?, ¿no lleva ya acaso en su seno una cierta radical imposibilidad?

He aquí entre tantas otras, algunas de las situaciones en que vive el hombre de hoy, la del combatiente en el Vietnam del Norte y la del combatiente en el Vietnam del Sur, la del árabe y la del israelí, la del participante en una concentración de "hippies" y la del cosmonauta recluido en Cabo Kennedy, la del joven demócrata y la del joven contestatario, la de lo sulecto y la del hambriento, la del negro sublevado y la del negro resignado, la del capitalista y la del marxista, la del creyente en Dios y la del ateo. La de quienes llenan su vida con los ídolos que la televisión y las revistas de masas les ofrecen y la de quienes viven pendientes de resolver recolectamente un problema filosófico, científico o técnico.

La enumeración está clara, podría continuar, a la vista de tan enorme, tan purulante, tan contradictoria diversidad, ¿es posible hablar? —hay que preguntarse—, ¿es posible hablar con alguna seriedad intelectual de la situación del hombre en el mundo de hoy? ¿Hay por ventura en el mundo de hoy una situación que más o menos convenga a todos los hombres? Aparentemente, y hablamos de la apariencia del

mundo actual, aparentemente no. Sin embargo, una de las más radicales novedades de nuestro tiempo, consiste a mi juicio en la constitución de la Historia Universal como una realidad de hecho. El concepto de la Historia Universal es antiguo, nació en la mente de los teólogos San Agustín, Orosio, más tarde San Buenaventura, y después, ya con precisión, Admundo en la historia profana, y Josué. Después de este concepto de la Historia Universal, teológico inicialmente cristiano, se seculariza y vienen los conceptos filosóficos de Historia Universal propios del siglo XIX el concepto de Geler de Pas. Bien, pero cuando estos hombres, refirámonos incluso a los que están más próximos a nosotros, los filósofos del siglo pasado se formulaban su concepto de la Historia Universal, su idea teórica de la Historia Universal, ésta, la Historia Universal, ¿era un hecho? Evidentemente no, y este hecho hoy se ha producido..., ¿en qué consiste?, sumariamente, esencialmente la constitución de la Historia Universal como un hecho consiste en que, todo lo histórico, todo lo que tenga carácter histórico, y acontezca en un lugar cualquiera del Planeta, es inmediatamente conocido, convivido, compadecido en el sentido más amplio de esta palabra, por el mundo entero.

Pongamos un ejemplo bien reciente: hace muy pocas semanas, unos meses quizá, se produjo una minúscula guerra entre dos Repúblicas hermanas nuestras: El Salvador y Honduras. Imaginemos que esto se hubiese producido en la época de Geler o de Pas, cuando ya la construcción filosófica de la Historia Universal estaba formulada. Este hecho, esta pequeña guerra de dos pueblecitos de América Central, por lo pronto, no habrá sido conocida en casi ningún punto del planeta, muchas personas habrían muerto sin tener noticias de ella. Segundo, aquellos otros que la conocían, o que la hubiesen conocido tan sólo, la habrían considerado como un suceso pintoresco, minúsculo, un suceso que acontecía, allá donde no había nada que mereciera realmente el nombre de historia, en el sentido de Historia Universal. Y sin embargo, hoy, este minúsculo hecho, trasmitido por los periódicos a todos los hombres del planeta, por la radio, acaso por la televisión, por todos los medios por los cuales hoy el hombre ya conoce lo que pasa en todos los lugares del planeta en el momento casi de producirse. Este minúsculo hecho, evidentemente no ha tenido consecuencias, pero ha producido en todos nosotros, en unos más, en otros menos: en unos por una causa, en otros por otra, un cierto estremecimiento. Allí, en minúscula medida se estaba jugando una posibilidad que nos proporciona historia. En cuanto a hoy,

en cualquier parte del planeta, salvo sucesos que no merecen el nombre de histórico, es decir, el de carácter puramente privado, se extienden y se conocen; ¿qué pasa hoy en cualquier parte del planeta que inmediatamente —repito lo que antes dije— no se ha conocido, convivido, compadecido por los hombres del mundo entero?

En las estructuras van a quedar de hecho, no el concepto de la Historia Universal, sino el hecho, la realidad actual o la práctica de la Historia Universal que es cosa recientísima, que tiene pocos decenios, que es una de las novedades del siglo XX. En la estructura de este hecho se suman, apenas es necesario decirlo, una técnica y una mentalidad. La técnica es aquello que permite que la noticia de lo ocurrido en cualquier parte se difunda casi instantáneamente al mundo entero; la técnica permite que la Historia Universal exista de hecho, a veces la técnica hace algo más que existtir, a veces nos impone determinados modos de conducta, a veces somos esclavos de la técnica que hemos creado. Pero fundamentalmente aquí, la técnica lo que hace es permitir que la noticia sea conocida, y por tanto convivida, y por tanto compadecida.

Lo importante, más importante que la técnica, es aquello de lo cual esta técnica ha salido y a lo cual esta técnica sigue. Esto es una cierta mentalidad, la mentalidad que constituye de hecho en todos y cada uno de nosotros la realidad efectiva actual de la Historia Universal.

Esta mentalidad es, si logro reducir las cosas a una fórmula muy breve pero por supuesto perfectamente comprensible, yo creo que perfectamente abarcante y expresiva de aquello a que se refiere esta mentalidad, esta peculiaridad del espíritu del hombre en virtud de la cual la Historia Universal se ha constituido. De hecho es la conciencia de la solidaridad planetaria del hombre.

Evidentemente, como una creencia, como una idea, esta conciencia podía existir antes, pero como un hecho que estremezca nuestras propias satisfacciones, nuestros sentimientos, nuestras acciones también, evidentemente hasta ahora no. Esto es lo nuevo. La conciencia de esta solidaridad planetaria que el hombre tiene respecto de cualquier hombre; el hombre como tal. Ahora bien, esa conciencia de nuestra solidaridad planetaria, por lo tanto de hombres, es tanto que hombres, ¿posee en la estructura algunos rasgos concretos? Bajo todos nuestros innumerables grupos antes de coger al azar unos cuantos, bajo nuestras graves diferencias, y antes mencioné algunas de las más importantes que hoy están vigentes en el mundo actual con todos nuestros grupos y con todas nuestras

grandes diferencias nos parecemos en algo, los hombres de hoy. ¿Nos parecemos por el hecho de sentir más o menos aguda esa conciencia de nuestra solidaridad planetaria, esa conciencia del género humano, como realidad que persiste sobre el Planeta? Tal vez sí..., tal vez sí, las respuestas podrían ser distintas. Yo voy a proponer una que va a fijarse, tocando lo que a mi juicio es realmente esencial, a tres de esos rasgos, apurando el análisis, apurándolo hasta lo que a mi modo de ver es esencial.

Los hombres de hoy, nos parecemos por debajo de todas esas diferencias, si es que somos realmente hombres de hoy, por tres rasgos que inmediatamente voy a describir a ustedes: 1.º, en el hombre actual, y queden aparte los escasos restos de humanidad todavía no incorporados a eso que llamamos actualidad histórica; los hay en mínimos restos en el Amazonas, en el medio de Africa, en ciertas zonas del mundo del Pacífico, etc., etc. Salvados estos mínimos restos de humanidad, que no viven de hecho la actualidad histórica, en el hombre actual ha desaparecido la conciencia del imposible físico. Ha hecho una novedad; rigurosa novedad del siglo XX; ya saben ustedes que, las sucesivas conquistas de la vida y de la técnica desde el siglo XIX hasta hoy, las enseñanzas establecidas a la estructura de la materia, a la unificación de la industria, a la enfermedad, al problema de la vida, al problema de la muerte, a la estructura de la materia viviente. Todo ello convertido rapidísimamente en técnica de gobierno y dominio de la realidad, ha metido en los hombres algo que, quizás, estuviese latente en los hombres desde hace siglos; eso es un problema histórico que ahora no puedo tratar, pero que evidentemente nunca ha existido de hecho hasta hoy. Hasta nuestros días. La conciencia de que en el orden físico, tal vez exageramos, eso es cierto, pero esto es real. La conciencia de que en el orden físico lo que no es posible hoy, será posible mañana, el hombre irá avanzando de una manera cada vez quizás más rápida, pero en cualquier caso cada vez más profunda, ¿hasta dónde?, ¿hay límites a las posibilidades del hombre? Esto que llamamos muerte, esto que llamamos espacio y tiempo, ¿no son límites de nuestras posibilidades? Sin duda, pero el modo según el cual cada una de estas exigencias necesarias de nuestra constitución natural: muerte, espacio, tiempo nos afectan; el modo irá siendo paulatinamente dominado hasta límites que no podemos ni sospechar.

En la conciencia del hombre actual, si es actual este hombre, y cuanto más actual más en la conciencia del hombre, ha desaparecido la idea

del imposible. El segundo rasgo que se perfila en el hombre actual es que se ha hecho más precoz, más enérgica, y geográficamente más extensa, la conciencia que el hombre tiene de sí mismo. Y esa conciencia que el hombre tiene de sí mismo, es vivida ante todo, por el hombre actual cuanto más actual más como derecho.

Piensen ustedes en la formación del tercer mundo y de los nuevos Estados; piensen ustedes en la progresiva penetración de la conciencia de sí, en edades cada vez más tempranas.

Hoy, el adolescente ya cree tener conciencia de sí, exige ser tratado como una persona, y lo exige siempre o casi siempre, aun siendo por ruego expreso o ruego tácito. Jamás el hombre ha tenido tan viva, tan intensa, tan extensa conciencia de sí, y jamás el hombre para su grandeza, para su desgracia también ha sentido tan vivamente esa conciencia como puro derecho. Porque es preciso subrayarlo hoy, porque en el mundo hay una crisis grave, no, una crisis gravísima de la conciencia del deber. Porque el hombre tiene respeto de su propia existencia con la cinciencia que se expresa primariamente, explosivamente bajo la forma de derecho, exigencia de derecho. Decía el viejo blasón: "Dieu e mont droit", Dios y mi derecho; pues bien, el blasón del hombre actual dice: "moi e mon droit", yo y mi derecho. Aunque hay no pocos países donde este blasón sólo tenga vigencia entre los que mandan.

Pero de hecho, como pretensión al menos, esto opera en el alma de los hombres de hoy. Esta es la raíz, esta es la clave de la universal rebeldía juvenil, esto es la clave de la aparición del tercer rasgo.

En tercer lugar, el hombre actual contempla su futuro, y dentro de él la posibilidad de una integración planetaria de los hombres todos. Fíjense ustedes que, esto está operando de una manera más o menos expresa en torno a nosotros y dentro de nosotros. La posibilidad casi inmediata de una integración planetaria de los hombres todos, se contempla cuando hacemos un poco de examen de nuestra situación histórica, como posibilidad para todos nosotros.

Pues bien, frente a esta posibilidad, frente a este futuro, en los hombres todos hay una mezcla en proporción variable de ansia y de temor. En todos nosotros, en unos dominará el temor, pero evidentemente en los hombres, en todos los hombres actuales, en tanto que actuales opera esta actitud ambitedente o ambivalente de ansia y de temor frente a un futuro que ahí está. Está impuesto por la conciencia que el hombre tiene de sí mismo por la conciencia de la solidaridad planetaria que antes

me refería, e incluso por la técnica del mundo actual. El problema de la integración planetaria de los hombres.

Tres rasgos se dan en el alma del hombre actual por el hecho de ser miembro activo y pasivo. Más pasivo que activo en la mayor parte de los casos de la realidad práctica. La realidad de hecho de la Historia Universal. Aunque en tantos y tantos hombres, estos rasgos queden casi ocultos por las exigencias del trabajo cotidiano, por las exigencias del dolor, del placer cotidiano, por la masiva influencia envolvente de los spot y de los mitos ocasionales de las televisiones y de las revistas de peluquería que a todos, de una u otra manera, nos llegan.

He aquí, pues, cómo después de una actitud dubitativa respecto a la de si me preguntasen si hay una situación propia del mundo actual y reduciendo los casos así, a rasgos muy esenciales; rasgos que nos afectan a todos los critianos, y a los marxistas, a los quinquis y a los cosmonautas, a los negros que quieren vivir en la actualidad y a todos nosotros.

He aquí cómo sí hay una situación y dentro de ella algunos rasgos completos. Ahora bien, entre esta posible comunidad planetaria de los hombres, desde el punto de vista del modo de sentir su propia existencia, y de la abigarrada diversidad de ellos. Entre la unidad profunda de la conciencia de nuestra situación y la diversidad de grupos, tan pintoresca, tan múltiple, tan diversa, tan caótica en que existimos, entre uno y otro plano el de la unidad y el de la diversidad aparente, ¿habrá algún dominio intermedio? Sin duda lo hay, es el dominio que podríamos llamar para entendernos pronto de la justicia. El dominio que podríamos llamar de los grandes bloques; ahora bien, ¿cuáles son los grandes bloques del mundo actual?

La diversidad de estos grandes bloques, al nombrarlos en concreto dependerá totalmente del punto de vista desde el cual estos grandes bloques se establezcan. Los puntos de vista pueden ser múltiples, por ejemplo: este que leí hace poco tiempo y que pertenece al punto de vista de un ciudadano de Texas. El mundo se divide en dos grandes bloques, el de los hombres que son texanos y el de los hombres que quisieran serlo.

Evidentemente los puntos de vista en la constitución de los grandes bloques pueden ser, son de hecho, múltiples. La organización, el contenido de este cursillo, la índole de la Entidad que lo ha organizado, suponen, creo, dos muy determinados puntos de vista en el establecimiento

de esos grandes bloques intermedios entre la unidad profunda como unidad profunda, muchas veces turbiamente sentida por la mente de los hombres, y el grupo particular a que cada hombre pertenece.

Estos dos puntos de vista, pertinentes en la sociedad dentro de la cual nos movemos, son a mi juicio el punto de vista de la situación económica y el punto de vista de la situación religiosa.

Según el primero, la humanidad actual se dividiría en tres grandes bloques. El que forman aquellos a quienes sobran los bienes materiales y culturales. Por Dios, acostumbrémonos a contar entre los bienes del hombre también los bienes de cultura, no solamente de billetes de banco vive el hombre. Los bienes materiales y culturales a algunos les sobran unos, o los dos, o el otro, o bien en segundo lugar el grupo de aquellos otros a los que estos bienes, materiales y culturales, si quieren ustedes llamémosles adicionales, faltan, y el de quienes en relación con tales bienes, viven como suele decirse, en un ten con ten.

Muchos de nosotros, yo creo que pertenecemos a este tercer grupo. Primer punto de vista, la ordenación de la humanidad en grandes bloques, teniendo en cuenta la condición económica del hombre en cuestión. Pero decía que, a esta Institución, a este Cursillo le pertenece también por esencia, otro punto de vista, no el meramente económico, el tocante a la situación religiosa del hombre. Según este segundo punto de vista, hay que establecer dos grandes grupos de hombres: los que de un modo o de otro subrayan piensan, o creen que el fundamento último de la existencia personal y de la total realidad debe ser llamado Dios. Y el grupo de los que viven indiferentes a la realidad de Dios o abiertamente la niegan.

Indudablemente, o desde el punto de vista de la situación religiosa estos dos grunpos existen cualesquiera que sean los matices reales de transmisión en muchas almas en relación con este esquema que yo aquí persigo. Por el momento, volveremos al primero. Vamos a atenernos a este segundo punto de vista y a los grandes bloques en que, según él, aparecen divididos los hombres. Por un lado llamémosle los creyentes, es decir, todos los hombres que de una manera u otra se sienten adscritos a alguna religión positiva. Convendría no olvidar esto, convendrá no olvidar nuestra solidaridad profunda con todos los que llaman Dios al fundamento de la realidad. Porque muchas veces nos creemos monopolizadores de esta guía al fundamento de la realidad que llamamos Dios. No olvidemos que hay muchos modos de llegar y de hecho hay uno, tras

esas posiciones y los distintos modos según los que el hombre está íntimamente adscrito a estas posesiones.

Por otro, el bloque de los actuales viajeros a la realidad de Dios. Ahora bien, este bloque es muy diverso entre sí. Por un lado están los formalmente ateos, ¿cuántos son?..., ¿hay muchos hombres que sean formalmente ateos? Lo que a veces los hombres llaman ateísmo, por ejemplo, el marxismo, no se da en muchos casos. Y quizá en los casos en que esto es vivido del modo más puro hay una suerte de panteísmo de la materia. En cualquier caso hay hombres que se llaman a sí mismos ateos, que se confiesan formalmente como tal, los formalmente ateos.

En segundo lugar los indiferentes sistemáticos. Los que creen que pertenecen a la estructura de la mente humana, una suerte de posibilidad de abstenerse de toda indagación respecto al fundamento de la realidad por el que ellos no se niegan y que mediante el conocimiento formal del modo según el cual la realidad se nos aparece, podríamos nosotros ordenar nuestra mente y nuestra vida. Es la mentalidad que para entendernos pronto anda por ahí y tiene mucha vigencia en el mundo actual podríamos llamar neopositivista.

En muchos hombres de ciencia y en otros que no lo son, es realmente una mentalidad que opera, vigente en el mundo actual distinta que el ateísmo. Es la que ha sustituido en forma y rigor intelectual al viejo agnostismo de que nos hablaban los apologistas del siglo pasado.

Y en tercer lugar y mayor número, los indiferentes por la cotidiana presión, por la cotidiana seducción de la vida. Porque la vida aprieta. La vida —como dice gráficamente nuestro pueblo, achucha— y a veces tanto que el hombre no tiene tiempo de quedarse sólo consigo mismo para preguntarse ¿qué es él? y ¿dónde está?

La presión de la vida hace que muchos sean indiferentes, en otros la seducción de la vida, el placer cotidiano, el placer mayor, o menor, la búsqueda de él, la diversión, la práctica de un trabajo. Ese no sé qué, que muchas veces nos envuelve, nos arrastra casi como un opio. He aquí el tercer grupo.

Ya ven ustedes que la mera demostración puramente sipnótica de la humanidad actual desde el punto de vista de la situación religiosa de los hombres, nos ofrece, nos presenta, más aún, nos propone, nos exige, respecto de su resolución graves problemas. Muy graves problemas, porque, ¿en qué se parecen y en qué se diferencian entre sí los hombres integrantes del primer grupo, los que pertenecen de una u otra manera a

una concepción religiosa determinada? ¿En qué se parecen los del segundo, en qué se diferencian; estos tres modos distintos de vivir indiferente a la realidad de Dios, o adverso a El que acabo de subrayar? No es mi cometido, claro está, el responder ahora estas tan graves interrogaciones. A un solo punto voy a limitarme. A estudiar la actual relación entre una parte de los hombres que integran el primero de estos dos bloques. De los que con mayor o menor razón nos llamamos a nosotros mismos cristianos. Y la totalidad de los que forman el segundo, es decir: los ateos, los indiferentes sistemáticos, los indiferentes por presión o seducción de la vida, los hombres que viven indiferentes a la realidad de Dios o abiertamente lo niegan.

Por tanto vamos a plantearnos para entender el mundo actual desde nuestro punto de vista, en este caso ya nuestro, quiero decir de cristianos. Vamos a entender cómo vamos a indagar sumarísimamente cómo se plantea hoy la relación entre el cristiano y el no creyente. Permítanme ustedes que llegue a la formulación de lo que es la cosa actual a través de la exposición rapidísima de unos cuantos presupuestos históricos.

Primero, la ilusión medieval, la ilusión por ser en el mundo cristiano el triunfo histórico total y definitivo de la Iglesia. Por lo pronto en el mundo que así mismo se llama cristiano, y después en el mundo entero.

Vean ustedes la primera de las construcciones utópicas que preluyen el mundo moderno, la República Fidelium del franciscano Rogelio Beicon de fin del siglo XIII. Advertirán allí que este hombre piensa que va a llegar el triunfo del cristianismo, cuando se alíen la fe y la inteligencia. La naciente inteligencia moderna. Estamos a fin del siglo XIII, estamos todavía en los gérmenes de lo que después va a ser la modernidad. Todavía en plena Edad Media cuando se veía la inteligencia bajo forma de ciencia y de técnica, se llegará a una realización de la Ciudad de Dios. En la cual ciertamente habrá algunos restos irreductibles, pero evidentemente, el cristianismo dominará casi total y absolutamente en el planeta.

Por supuesto, la conciencia del cristiano dentro de Europa no necesitaba de esas utopías, él vivía en la conciencia clara del triunfo histórico, total y definitivo de la Iglesia en el mundo histórico cristiano. Ahora bien, ese triunfo sólo podía ser, incluso creo yo, pero aquí hay quien sabe más de esto que yo, y podría decirlo incluso con razones teológicas. Ese triunfo sólo podía ser una ilusión, aunque ésta, todavía

perdure en algunos, no lo olvidemos. En cualquier caso, el mundo cristiano, el mundo europeo y el incipiente mundo cristiano de América, van a mostrar a partir del siglo XVI rapidísimamente, la quiebra de la ilusión medieval. ¿Por qué? Por tres razones históricas incontestables, evidentes, que entran por los ojos del más lego histórico. En primer lugar por la reforma, es decir, la aparición de un modo distinto de sentirse cristiano. En segundo lugar por el fenómeno que se inicia, que se balbucea en el siglo XVI y que será ya perceptible aunque minoritariamente en el siglo XVII. Teniendo una importancia ya enorme en el XVIII y masivo en el XIX. En el actual para qué decir. Es el fenómeno histórico de la secularización.

Es decir, la progresiva conciencia que en muchos hombres surge, en un número creciente de hombres surge; de poder resolver mediante su razón natural y su voluntad natural y su inteligencia natural todos los problemas tocantes a la existencia del hombre.

Secularización, evidentemente esto es un hecho tan masivo, tan invasor, que apenas hay que hacer otra cosa que nombrarlo. Y en tercer lugar, ya en el siglo XVII, pero más en los siguientes XVIII y XIX, la sucesiva incorporación de pueblos no cristianos, asiáticos y africanos, al plano de la historia universal.

En el siglo XX, uno de los grandes fenómenos es la aparición del tercer mundo. Se ha quebrado la ilusión medieval respecto del triunfo total y definitivo de la Iglesia en el mundo histórico y en el mundo social. Se ha quebrado de una manera inexorable, pues bien, quieren ustedes que sumarísimamente contemplemos, a vista de pájaro, claro está, las dos sucesivas reacciones de la Iglesia a la quiebra de la ilusión medieval.

En primer término Iglesia del siglo XVII, Iglesia del siglo XVIII, Iglesia de la primera mitad del siglo XIX. La Iglesia en un mundo en el cual el cristianismo se ha fraccionado y se ha partido, ha surgido la secularización y la ilusión medieval está definitivamente rota. La potencia secularizadora va creciendo en intensidad, en ese momento, por razones fácilmente comprensibles. La Iglesia es en ese mundo como una isla a la defensiva. Está a la defensiva frente al mundo. ¿Frente al mundo? Frente al mundo moderno. Frente al mundo cuya crisis quizá empecemos a entrever justamente en esta segunda mitad del siglo XX, en el cual se integran, por una parte, la reforma cristiana; por otra parte, la secularización.

La Iglesia está a la defensiva. Ve al mundo moderno con recelo, y en muchos casos, hay que decirlo, hay que decirlo con toda claridad.

En muchos casos con hostilidad, con una manifiesta hostilidad. Esto va a llegar en primer término, ¿a qué?, a que la Iglesia precisamente, por esa conciencia que está a la defensiva, se alíe con quien pueda defenderla y por tanto con los poderes del mundo. La fórmula del siglo XVII es la alianza del trono con el altar. Es una fórmula que surge justamente porque la Iglesia está a la defensiva. Está a la defensiva frente al mundo moderno y... ¿qué hace en esta defensiva? Fundamentalmente ver sus errores, y denunciar sus errores, subrayar sus errores, ahí está la defensiva. Y por otra parte, pagando esa protección que le brindan los poderes de la Tierra, los poderes políticos, los poderes del siglo, pagándolo de alguna manera en el gobierno de determinadas actividades de la Iglesia. Aparición de las regalias. Todavía problema actual, para qué vamos a hablar de su actualidad dentro de la Iglesia.

Son consecuencia a mi juicio innegable de una situación perfectamente comprensible. Desde luego, casi casi inexorable, una situación de defensiva de la Iglesia frente al mundo moderno, con una tentación, una grave tentación que muchas veces conducirá a actitudes anticristianas, por decirlo, con un adverbio que no comprometa a muchos. Es decir, la tentación bélica y maniquea frente al mundo moderno y todo lo que este mundo ha traído consigo. ¡Ah! no lo crean ustedes perfecto, en el siglo pasado hubo en España, en Madrid, una polémica famosa. La famosa polémica de la Ciencia Española; protagonista de ella puede verse a Menéndez Pelayo, frente a ella los hombre digamos de la izquierda, etc. Pero había otros con los cuales también polemizaba Menéndez Pelayo, por ejemplo: con el Padre Fonseca, Pidal y Mon. Pues bién, Pidal y Mon, una de las mentes más delicadas, mejor formadas de la España del siglo XIX, afirmará que el renacimiento fue un inmenso y total descarrío de la mente humana. Fue el error total; así, para él no había más realización de la verdad de un cristiano que la suma culminación a que el mundo había llegado en la segunda mitad del siglo XIII. Verbalmente, el Renacimiento y sus consecuencias, error total. Ahora bien, esto si no es maniqueísmo está muy cerca de serlo, consecuencia de radicalizar bélicamente, polémicamente esta actitud defensiva que tal vez fuera inevitable, pero que en cualquier caso no debía extremarse hasta tan abusivos límites como los que supone esa formulación.

He aquí la primera actitud; la primera reacción de la Iglesia, sin la cual no entenderíamos lo que es en el mundo actual. En tercer lugar,

a la quiebra de la ilusión medieval de la primera reacción de la Iglesia frente a ella surge una nueva y seguramente más evangélica actitud de la Iglesia frente al mundo moderno a partir de León XIII. A mi juicio esta compenetración tiene un nombre, un nombre propio, un nombre de persona: León XIII.

León XIII es la historia moderna de la Iglesia, es literalmente el punto de inflexión. Y, ¿por qué León XIII marca un punto de inflexión en la historia moderna de la Iglesia? Porque León XIII se enfrenta con el mundo moderno, siquiera sea parcialmente, siquiera sea incipientemente. Todavía tenía que actuar así. La prudencia de la historia o de la Iglesia no permitía, o quizás no exigía otras cosas, porque León XIII se enfrenta con el mundo moderno no para denunciar sus errores, sino para reconocer la validez y la justicia de alguna de las hazañas puramente seculares del mundo moderno. Por ejemplo, está frente a la cual muchos cristianos todavía no han logrado una cierta paz interior, la radical justicia, la radical validez de la rebelión obrera del siglo XIX contra la injusticia social.

Lo que había como trasfondo histórico, aparte de las razones sobrenaturales de la Encíclica *Rerum Novarum* era esto, era una actitud nueva, una actitud nueva que ya no se va a interrumpir, que va a progresar desde entonces. Cuando se habla de los progresismos actuales se olvida esto, esto que es un punto de partida a mi juicio, en el mejor sentido de la palabra providencial, el punto de inflexión. El camino teologal vuelve con calma, con meandros, se empezará ya con Pío XI. Qué interesante sería estudiar por dentro, por dentro y por fuera

En segundo lugar, si se comprende la razón histórica de ser del mundo moderno, hay que situarse frente a él naturalmente, con una actitud nueva. En una actitud que se continúa en este siglo y se inicia con León XIII el diálogo más difícil, más fácil, no sé más amplio, menos amplio, más prudentemente conducido, más imprudentemente realizado. Como quieran ustedes, una actitud nueva: el diálogo.

El diálogo, ¿qué es el diálogo cuando no es polémica? Cuidado, no confundamos el diálogo con la polémica; los que polemizan se pelean. Los que polemizan lo que hacen es querer aniquilarse el uno al otro a veces físicamente, como cuando se excitan a los españoles tantas veces que se habla de esto. Otras veces meramente de un modo intelectual. La polémica supone la voluntad de eliminación del otro. El diálogo no, la polémica no es diálogo. El diálogo supone una mutua tentativa de

dar razón del otro, es decir, abarcar al otro, envolver al otro desde el punto de vista de la propia actitud; es decir, demostrar que la propia actitud puede integrar la del otro, con sus verdades, con sus errores, con sus limitaciones, por lo tanto, en cualquier forma. El diálogo en el fondo es un adelanto mental, todo lo que no sea esto no es diálogo.

Naturalmente el diálogo que supone una buena voluntad es difícil para el no cristiano. Yo os he dicho, mejor que todo, dos nombres recientes, dos nombres propios recientes: el nombre de Garodu, un marxista francés, y el nombre de Dubcek, un marxista checoslovaco. ¡Ah!, no es fácil el diálogo, tampoco por el otro lado, pero el diálogo es una exigencia del mundo actual que todo hombre actual, que quiera serlo, debe incomporar de un modo habitual a su propia existencia. Comprensión, diálogo, yo envuelvo al otro dialogando con él, quiero decir que asumo en alguna medida, me apropio en alguna medida de algo que él tenía, la asunción apropiadora y recreadora. Comprensión, diálogo y asunción, es decir, actitud incorporadora o adjuntiva del otro quizá elevándolo, pervirtiéndolo a límites que el otro, a lo mejor, nunca pudiera sospechar son las tres notas de la estructura de la nueva actitud frente al mundo moderno.

En segundo lugar las materias a que se aplica esta nueva actitud, a todas, a la vida entera, por supuesto a la justicia terrena. Esto es lo que inició León XIII, y después cada vez ha sido más adelante.

Por supuesto habla ya de libertad; lean ustedes la Encíclica *Pacem in Terris*. Lean ustedes los textos del Concilio. Oigan ustedes, por ejemplo, esto: "La convivencia entre los hombres está ordenada subtitere, será ordenada subtitere y propia de la ciudad romana si se fundamenta sobre la verdad, etc."

Mas no basta con esto sólo porque la convivencia entre los hombres tiene que realizarse en la libertad, dice Juan XXIII, o bien cuando sigue diciendo, "cuando las relaciones de la convivencia se ponen en términos de derechos y obligaciones los hombres se abren inmediatamente al mundo de los valores espirituales, cuales son, la verdad, la justicia, el amor y la libertad".

Y así en tantos y tantos textos en los cuales la libertad, es preciso decirlo, no hablemos tan sólo de libertades íntimas que el cristianismo como tal siempre naturalmente ha afirmado. No, no; se habla de libertades eternas, de libertades civiles, de libertades de hecho, de libertades de expresión y de operación de la propia vida; a éstas se refieren y

no solamente a las libertades íntimas de la persona. Porque aquí nos conformamos muchas veces diciendo que somos tan personalistas que, afirmamos la libertad de la persona sin fin. Para que en su intimidad afirme, niegue, quiera o no quiera, o bien para que haga aquello que en su día un jurista de una nación próxima a nosotros en una situación política muy distinta de la actual de ese país; era un jurista muy afecto al régimen entonces imperante, y decía: "quién dice que nosotros, los de este país no tenemos muchas libertades, tenemos muchas libertades, tenemos la libertad de "Undi"; salir a la calle para ir al sitio que quiero y elijo la calle que quiero. Tenemos la "libertas legendi", voy al quiosco por el periódico y compro el periódico que quiero, tenemos la "libertas edendi", voy a un restaurante y si tengo dinero, claro está, pido el plato que quiero". Bien, seamos serios. Juan XXIII y el Concilio Vaticano II se refieren no sólo a la libertad civil con todas las consecuencias que esto pueda tener, que no serán fáciles, claro está. La libertad, por supuesto el progreso, pero suele decirse, que no se habla del progresismo como una actitud que afirme la Iglesia como tal. Los textos de Juan XXIII se podrían multiplicar, los seres humanos en la época moderna van adquiriendo una conciencia cada vez más viva de la propia dignidad. Es decir, la idea de un progreso en la conciencia que el hombre tiene de sí mismo, o bien progreso es la ciencia que compartes. En el progreso social han de ayudar a los demás los pueblos a que puedan, a que sean en todos los campos eficaces en su propio progreso, etc.

El progreso... el saber... la técnica en el saber, la Iglesia está encerrada en saberes ya muchas veces sin vigencia en el mundo actual, no tengamos el encogimiento de negarlo. Aunque hoy la Iglesia, muy buena parte de la Iglesia, se halla abierta a todo lo que en el campo del mundo moderno haya sido saber, ¿para qué? Para decir amén a todo, no; para extenderlo, para comprenderlo, para dar razón histórica de aquellos si es posible mejor que sus propios creadores. El saber, la técnica, la expresión artística, a todo eso se ha arcillado la nueva actitud.

Hace ya muchos años un maestro que tuvimos los españoles, mío especialmente, Javier Zubiri, decía que: "La Iglesia había realizado a lo largo de su historia dos grandes hazañas históricas: primero, la asunción del pensamiento griego, gracias a lo cual el pensamiento griego se salvó, la filosofía griega se salvó y pudo haber una teología cristiana. En segundo lugar Roma realizaba de modo capital, a través de sus de-

rechos la asunción del derecho romano que también lo hace la Iglesia, y Zubiri decía esto mucho antes de Juan XXIII y del Concilio Vaticano II. La tercera hazaña histórica de la Iglesia debe ser la asunción del pensamiento moderno. La ciencia moderna en primer término y de todos sus presupuestos, es decir: ciencia, ética, pensamientos filosóficos, etc.; ¿en qué forma?, no fácil, pero yo no puedo venir aquí para dar metas o reglas, sino para señalar sumariamente su actitud.

¿Y cuál es el nervio evangélico de esta nueva actitud cuya estructura sumarísima les acabo de exponer en relación con los hábitos espirituales que en ella se ponen en el acto, y en segundo lugar en relación con los campos de la vida humana, que son todos? Justicia terrena, libertad, progreso, técnica, expresión artística, ¿cuál es el nervio evangélico de esta actitud?; permítanme ustedes que de nuevo recurra a un texto de Juan XXIII, dice así: "Se ha de distinguir cuidadosamente entre las teorías filosóficas sobre la naturaleza el origen del fin del mundo y del hombre y las iniciativas de orden económico, social, cultural, político, por más que tales iniciativas hayan sido originadas e inspiradas en tales teorías filosóficas. Porque las doctrinas, una vez elaboradas y definidas ya no cambian, mientras que tales iniciativas, encontrándose en situaciones históricas continuamente variables, están forzosamente sujetas a los muchos cambios, además, ¿quién puede negar que en la medida en que estas iniciativas son conformes a los dictados de la recta razón e intérpretes de las justas aspiraciones del hombre puedan tener elementos buenos y merecedores de aprobación?" Creo que con este tacto se está llegando a un punto que no podría sospechar León XIII cuando inició su actitud comprensiva frente al mundo moderno. A un punto de enorme importancia, de enormes perspectivas y de enorme hondura cristiana, teológica, a la postre evangélica.

En primer lugar se nos dice que la realidad integral de una doctrina filosófica, científica o política, se halla conjuntamente constituida por lo que esa doctrina es cuando se la formula con palabras a través principalmente de los textos de los que la crearon, y las consecuencias que ella ha tenido en el curso real de la histórica. Es preciso ver los dos elementos en su integridad y en su integración para adoptar la postura frente a una doctrina cualquiera. Frente a la doctrina de Rouseau nos basta sólo ver con los ojos, es preciso ver las consecuencias que el rouseaunismo ha tenido en el Mundo, buenas, malas, ya lo veremos, es preciso tener las consecuencias.

Frente a la doctrina de Marx es preciso no partir sólo de la prolongación de los dogmas marxistas; es preciso ver lo que esto ha traído al mundo en todos los órdenes. Verle en su realidad, y entonces podremos ver, juzgar, entender la realidad de esa doctrina. En segundo lugar fíjense ustedes, se afirma que, una doctrina gravemente errónea pueda dar lugar a iniciativas "valiosas para los hombres". Estamos a mil leguas de toda actitud maniquea; en la historia no existe el error absoluto ni el mal absoluto, esto es lo que no quiere decir Juan XXIII, llegando en fin, al límite que el tiempo pedía, en la actitud iniciada por León XIII.

En tercer lugar fíjense ustedes en esto, los puntos de carácter histórico requieren tanto la inteligencia y la caridad para juzgarlos como la paciencia. Había dicho San Pablo: "non vita yudicare ante demus", no querais juzgar antes de tiempo. Esto hay que aplicarlo a la conducta de las personas, por supuesto. Porque el tiempo de las personas se acaba con su muerte y lo que pasa a la hora de la muerte, dentro del alma de una persona, en el seno del alma de una persona, ¿qué sabemos?, "no juzgar antes de tiempo". Está en relación con las personas, pero también en relación con la historia. Esto es lo que hace radicalizando la sentencia de San Pablo y ampliándola a un dominio al cual inmediatamente no se refería, pero amediatamente sí, al dominio de la historia. No juzgar antes de tiempo. Lo cual, fíjense ustedes, que lleva debajo de sí —cuando me equivoque, que me rectifiquen los que saben más si ciertamente me equivoco—, lleva consigo algo que nuestro siglo ha hecho y que había de hacer necesariamente dados los presupuestos de la nueva actitud de la Iglesia, una revisión de la exégesis tradicional de la parábola del trigo y la cizaña.

La exégesis tradicional, para qué vamos a decir a qué extremos conduce, a veces ha conducido a tostar a las gentes en el mundo entregándolas al abrazo secular. Reconozcamos esto que para dolor nuestro, hoy para dolor nuestro, se hacían en aquellos tiempos por aquellas personas que creían interpretar con fidelidad la parábola según la exégesis tradicional. Con esta exégesis rompe abiertamente, valientemente en un discurso memorable Pío XII. En un discurso dirigido a los budistas italianos, pero todavía Juan XXIII va a dar un paso más. Va a afirmar, lo que voy a decir que es grave; pero no es sino decir metafóricamente lo que el texto de Juan XXIII nos ha estado clarísimamente indicando. ¿Qué es lo que dice Juan XXIII? Que también la cizaña puede

dar frutos aprovechables; esto es, que también presuntos errores totales, inadmisibles, pueden dar lugar con el curso del tiempo a iniciativas valiosas. Iniciativas conformes a los dictados de la recta razón e intérpretes de las justas aspiraciones del hombre. Las cuales son no solamente comprendidas, no solamente reconocidas en diálogo, reconocidas incluso con una razón que su formulador no pudo ni soñar, sino asumidas a la vida del cristiano en cuanto a planes.

He aquí lo que este aparentemente humilde hombre campesino, hombre puramente bondadoso estaba haciendo, sabiendo bien lo que hacía, lo que tenía él debajo de su pluma hecho palabras cuando él lo escribía. Estaba proponiendo la exégesis de la parábola del trigo, de la cizaña. Conveniente, rigurosamente conveniente al nivel de los tiempos, de la cizaña puede salir algún bien, y todo lo demás es maniqueísmo. Todo lo demás que salga en la histórica de que se da el mal absoluto, de que se da el error absoluto; el cristiano de hoy jamás en ninguna forma desde que se ha puesto hacer las leyes puede admitirlo, ni siquiera pensarlo. Ahora bien, frente a estas actitudes, preciso es también reconocer para entender nuestro mundo, nuestro mundo en el sentido planetario, nuestro mundo en el sentido local, es preciso reconocer que hay dos actitudes extremas. Una, la posición indefinida, a veces bajo forma anacrónica; todavía en el mundo hay gentes que viven la ilusión medieval. Por lo tanto ven su situación en el mundo como una situación de Cruzada. La Cruzada contra el infiel, la cruzada con el hereje, etc. En el mundo todavía hay esto entre nosotros, por supuesto extraviados planetariamente y que no pueden ser más anacrónicos.

Otros menos ilusos, más resignados, se conforman con mucho menos, es decir, se conforman con el modesto ideal de vivir, digamos según la vieja usanza. Al margen de todo, vivir es una especie de ínsula barataria con sus viejos modos, que además son los buenos, los óptimos, habréis de condescender fuera de esta isla, de esta insular, pero yo voy a vivir dentro de mí. No estamos advirtiendo en el seno de la Iglesia, en el seno de una de las Ordenes más caracterizadas de la Iglesia, según las noticias de los periódicos, la voluntad de parte de sus miembros de constituir insular a la antigua usanza, ¿al margen de qué? Al margen del mundo, al margen del tiempo, al margen de esas señales según las cuales debería estar su vida de cristiano que vive en el mundo y que Juan XXIII llamaba "signos del Cielo".

Por una parte esta actitud, por otra parte la posición impaciente,

movida una vez más por la utopía de la revolución. La revolución es una de las utopías permanentes del hombre consistente en la tentación de hacer la vida partiendo de cero; arrasar todo, empezar desde cero. Evidentemente esto opera, y además nos seduce, ¿por qué negarlo?, ¿a quién no le seduce la voluntad de pureza total? Hace poco leía yo en un recorte de periódico francés que me daba un compañero de la Academia para que leyera lo siguiente: "L'Eglise comme Institution est pourrit." Señores, "la Iglesia como Institución está podrida". Así, sin más, y eso lo decía un religioso actual, un impaciente, que movido por la utopía, que a la postre ininteligente de la revolución quería partir de cero. Quería deshacer y empezar a hacer con la pureza de los primeros tiempos del cristianismo.

Pero entre unos y otros la historia marcha, entre una y otra actitud por necesidad potencial de una y otra actitud, la histórica marcha como realizándose en nuestras propias vidas. Haciendo que sea lo que nosotros minúsculamente con nuestras propias vidas podemos hacer, y muchas veces siendo algo de lo que nosotros ni siquiera podemos sospechar, creyendo que es el signo simplemente de nuestras propias vidas.

La historia va marchando y yo creo que marcha inexorablemente entre una y otra posición, piense, es una conjetura personal, que este camino, este camino de la historia es —si ustedes me permiten la expresión— la vía dolorosa de Pablo VI. Este camino de la historia, el camino real de la historia de la Iglesia, entre estas dos actitudes que evidentemente tendrán ciertas justificaciones, y que incluso como elementos dialécticos y elementos dinámicos tal vez sean necesarias. Entre unas y otras la historia marcha, y en ella la Iglesia va realizándose; pero algo parece que es irreversible, en primer término el descubrimiento que el cristiano ha hecho de la realidad del mundo y, por lo tanto, del imperativo del mundo. Ahora yo creo que una de las cosas de que estamos más necesitados, ya estará hecha naturalmente, es una revisión a fondo del tradicional concepto escético del mundo. Por supuesto no podemos retrotraernos del mundo, es decir, que debemos salvarnos según la propia Iglesia con la vieja idea de los tres enemigos del alma: con el demonio, el mundo y la carne. Yo creo que es preferible tener una idea más profunda, más real, más cristiana, más integrante del cristianismo.

En segundo lugar vuelvo a lo de antes, la conciencia planetaria del hombre que, a pesar de las guerra y las opresiones, tiende hacia la

inexorabilidad de la convivencia. ¿En qué consiste la convivencia? Se puede entender de muchos modos. Pero yo, si tuviese que proponer uno, propondría el de este maestro nuestro al que tantas veces me he referido, Juan XXIII, que nos brindó a todos los cristianos la siguiente fórmula de convivencia, diciendo que es: "la permanente disposición de comunicar a los otros, lo mejor de nosotros mismos." Lo mejor de nosotros mismos, bienes materiales, bienes intelectuales, bienes como paciencia, en definitiva amor.

Pienso yo que esta Organización que se llama Cáritas, así actúa. Con arreglo a esta relación de convivencia y con una idea del mundo adecuada a lo que la Iglesia, en esta ascensión suya a la reconquista de sus propios fundamentos exige en el momento, esto es lo que ha hecho la Iglesia desde León XIII hasta hoy. Esta ascensión suya, desde una actitud meramente defensiva, a una actitud abarcante envolvente, abrasadora, pienso yo y repito que es lo que esta Organización de Cáritas hace y enseña en la vida.